

¡En el nombre de Cristo! Al fin, por la gracia de Dios y por disposición de mi caro señor, he sido inmerecidamente ascendido a magistrado y juez de estas gentes. ¡Que el Gran Juez del mundo me dé la sabiduría, la equidad y el favor necesarios para desempeñar tan oneroso oficio! «Del Señor viene el juicio de cada uno» (Proverbios 29, 26).

No es bueno que el hombre esté solo. En vista de que ahora puedo permitirme alimentar a una esposa, supongo que sería bueno buscar una compañera. La hija del párroco de Vejlbjy goza de un buen nombre entre cuantos la conocen. Desde la muerte de su madre, que en paz descansa, ha llevado la casa con mucha sensatez y economía. Y, al no haber más hijos que ella y el estudiante, no será mal trapillo el que le quede el día que falte el padre.

Hoy ha venido Morten Bruus, el de Ingvorstrup, con la intención de obsequiarme con un ternero bien cebado; pero yo he recordado las palabras de Moisés:

«Maldito el que recibiere don».

Es hombre que anda siempre en pleitos, gran fatuo y gran fanfarrón; no quiero más tratos con él que los que ya tenemos en el tribunal.

Me he aconsejado con Dios, que está en los cielos, y después con mi propio corazón, y ahora veo muy claro que la señorita Mette Quist es la única persona con quien deseo vivir y morir. Sin embargo, voy a observarla en silencio por algún tiempo. La belleza es traicionera y el encanto, cosa vana. Ella es, por lo demás, la mujer más hermosa que he visto en toda mi vida.

Este Morten Bruus me resulta detestable, ni yo mismo sé por qué; el caso es que cuando lo veo se me viene a las mientes una especie de mal sueño, aunque tan oscuro y vago que no sabría decir si he soñado con él alguna vez. Acaso sea una suerte de presentimiento. Ha vuelto para ofrecirme una pareja de ruanos, magníficos animales, iy por un precio irrisorio! Pero eso, precisamente, es lo que lo ha descubierto: sé que él los compró por separado a setenta táleros, y por esa misma suma quería dejármelos, cuando juntos, en justicia, bien valen cien. ¿No es eso en cierta forma un soborno? Seguramente tiene a la vista un proceso. Yo no quiero sus ruanos.

Hoy he ido a visitar al párroco de Vejlbj. Parece un hombre de bien y temeroso de Dios, aunque autoritario e irascible: no admite contradicciones; es, además, amigo del poco dar. Había en ese momento en su casa un labriego, pidiendo una reducción del diezmo. El hombre era un tunante, pues no podía ser muy elevada la suma, pero el señor Søren lo ha puesto en su sitio; y cuanto más lo increpaba, tanto más se acaloraba. Bueno, bien sabe Dios que cada uno tenemos nuestras faltas. Él no lo hace con maldad, en seguida ha mandado a su hija a darle al hombre un pedazo de *smørrebrød*¹ y un vaso de buena cerveza.

Es una muchacha extremadamente gentil y muy agradecida. Me ha saludado con tanta afabilidad y recato que el corazón me ha dado un vuelco en el pecho y he sido incapaz de decirle una palabra.

Mi capataz sirvió en su casa tres años; le sonsaré con maña cómo es con los demás y cualquier otra noticia que pueda tener de ella. Con frecuencia, los informes más fiables nos los da la servidumbre.

¡Cáspita! Rasmus, mi capataz, me cuenta que hace no mucho el tal Morten Bruus anduvo de cortejo en la casa parroquial de Vejlbj, pero obtuvo un no. El párroco veía la cosa con buenos ojos, porque el hombre es rico; pero la hija no quiso de ningún modo. A lo que dicen, al principio el señor Søren la trató con aspere-

¹ Rebanada de pan negro con mantequilla y diversos ingredientes fríos. (Nota de la traductora).

za, pero después, cuando vio la aversión que le tenía al pretendiente, consintió en que su hija hiciese su voluntad. Por soberbia no sería —asegura Rasmus—, porque ella es tan humilde como buena; y no tiene reparo alguno en reconocer que su propio padre es hijo de campesinos, lo mismo que Bruus.

Ya sé a qué santo tocaban los ruanos de Ingvorstrup aquí, en Rosmus: tenían que desviar al juez del recto camino de la justicia. La turbera y el prado de Ole Andersen; bien valían estos hilos aquellas puntadas. ¡No, mi buen Morten! ¡No! No conoces a Erik Sørensen. «No perviertas el derecho de los pobres.»

El señor Søren de Vejlbj ha venido a visitarme esta mañana. Tiene ahora un nuevo cochero, Niels Bruus, hermano de aquel de Ingvorstrup. Al parecer, no solo es perezoso, sino, además, insolente y engreído. El párroco querría castigarlo y mandarlo arrestar, pero le faltan los testigos necesarios. Yo le he aconsejado que viese de desembarazarse del mozo o se aviniera a cargar con él hasta la sanmiguelada. En un principio me ha respondido con cierta rudeza, pero, una vez oídos mis motivos, se ha mostrado de acuerdo conmigo, e incluso me ha agradecido los buenos consejos. Es un hombre irascible, pero no resulta difícil hacerle entrar en razón si se le concede el tiempo de reflexionar. Así pues, nos hemos separado como buenos amigos. De la

señorita Mette no se ha dicho una palabra.

He pasado un día muy agradable en la casa parroquial de Vejlbj. El señor Søren no estaba cuando llegué, pero la señorita Mette me ha recibido con gran amabilidad. Cuando he entrado por la puerta la he encontrado hilando, y me ha parecido que se sonrojaba. Es curioso lo mucho que he tardado en atinar con un tema de conversación. En los tribunales nunca me faltan palabras, y cuando interrogo a un tunante no he de rebuscar mucho para dar con las preguntas; sin embargo, en presencia de esta niña dulce e inocente me he quedado encogido como un ladrón de gallinas. A la postre, se me ha ocurrido hablarle del proceso de Ole Andersen, de su turbera y su prado, pero no sé por qué artes el discurso que ha empezado con el prado ha terminado en flores. Y de las rosas hemos pasado a las violetas y de estas a las margaritas, hasta que me ha llevado al jardín a admirar sus plantas. Así ha ido pasando el tiempo, hasta que el señor Søren ha regresado; la joven se ha retirado a la cocina y no ha vuelto sino para traer la cena.

En el instante preciso en que entraba ella por la puerta, me ha dicho el párroco: «No sería apresurado que pensarais también vos en contraer santo matrimonio». (Acabábamos de hablar de las magníficas bodas que se habían celebrado en Høgholm). De nuevo se ha puesto la señorita Mette roja como la grana. Su padre ha sonreído con picardía y ha dicho: «¡Bien se ve, hija mía, que te has arrimado a la lumbre».

He tomado buena nota de la recomendación de este santo varón y no dejaré pasar demasiado tiempo sin venir a cortejarla, pues veo en las palabras del padre una alusión velada a su buena disposición para tenerme por yerno. Y la hija ¿por qué se habrá sonrojado tanto? ¿Puedo aventurarme a interpretarlo como una buena señal?

El pobre conservará su turbera y su prado, sí, pero el rico, ciertamente, me ha cobrado una gran antipatía. Antes de que se diera lectura al fallo, contemplaba al desdichado de Ole Andersen de soslayo y con desdén. Al oír las palabras «por la presente dicto sentencia», ha empezado a mirar de un lado a otro con su risita insidiosa, como si estuviese muy cierto de su triunfo. Y seguramente lo estaba, pues me consta que había dado a entender que era «necio por parte de ese desharrapado creer que podría derrotarle». Y, sin embargo, así ha sido.

Tras escuchar la sentencia, ha apretado con fuerza ojos y labios, y se ha quedado blanco como la pared. No obstante, se ha dominado y, al salir, se ha dirigido a la parte contraria: «¡Enhorabuena por el negocio, Ole Andersen! Ni voy a arruinarme por una turberucha ni los bueyes de Ingvorstrup van a dejar de tener todo el heno que puedan comer».

Lo he oído alejarse riendo a carcajadas mientras, a lomos de su caballo, hacía restallar la fusta de modo que resonaba por todo el bosque.

Duro oficio es el de juez. Por cada fallo dictado

cabe contar con un enemigo más. ¡Ay! ¡Si al menos pudiésemos conservar la amistad de la conciencia! «¡Sufre molestias a causa de la conciencia!».

El de ayer fue el día más feliz de mi vida: celebramos el banquete de mi compromiso en la casa parroquial de Vejlbj. Mi futuro suegro pronunció unas palabras a propósito de una cita del Génesis 16, 5, «Puse a mi sierva en tu seno». Declaró, muy emocionado, que a partir de ese momento me entregaba el bien más preciado que tenía en este mundo, y me rogó que, por encima de todas las cosas, fuese bueno con ella (iy lo seré, Dios mediante!).

Qué poco me figuraba que este hombre adusto, casi hosco, pudiese ser tan tierno: al final las lágrimas se le agolpaban en los ojos, y los labios le temblaban como a quien se esfuerza por contener el llanto. Mi novia lloró como una niña, en particular al oírlo hablar de su madre, que en paz descansa. Y cuando pronunció las palabras «padre y madre te dejarán, pero Dios te recogerá», entonces yo también me deshice en sollozos al pensar en mis queridos padres, a quienes hace ya muchos años que Dios se llevó consigo a las eternas moradas, no sin velar con clemencia por su pobre hijo desde entonces.

Concluido el compromiso, mi dulce novia me dio su primer beso. ¡Que Dios ilumine su alma! Me ama sobremanera.

La comida fue muy animada. Estaban invitados muchos parientes de la difunta mujer del párroco; por

parte de él, ninguno, pues son pocos y lejanos, y viven nada menos que en Skagen. No se escatimó en vino ni en comida, y después del banquete se bailó mucho y bien hasta casi el amanecer. Los párrocos de Lyngby, Ålsø y Hyllested también estaban presentes; tan indispuerto acabó este último que hubo que acompañarlo hasta la cama. Mi futuro suegro bebió también lo suyo, pero no se le notaba, pues es recio como un toro y, si quisiera, podría tumbar a todos los párrocos de la comarca. No se me escapó que le habría complacido conseguir achisparme un poco a mí también, pero puse buen cuidado; además, no soy un apasionado de las bebidas fuertes.

Dentro de seis semanas se celebrará la boda. ¡Dios nos colme de bendiciones!

¡Qué desgracia que mi futuro suegro haya tomado a su servicio al tal Niels Bruus! Es un pícaro desmandado, digno hermano del de Ingvorstrup. Habría que darle su paga y ponerlo de patitas en la calle, en lugar de mancharse las manos con semejante zopenco.

Pero el buen párroco es irascible y terco, y dos piedras duras no muelen bien. Pretende que Niels ocupe su puesto durante el tiempo acordado a como dé lugar, lo que no le trae sino continuos disgustos.

El otro día le dio una bofetada, y el mozo le dijo en tono amenazador que ya se las pagaría; pero no hubo testigos. Yo lo he mandado llamar para advertirle y amonestarlo, pero apenas me contesta; lleva el mal metido en el cuerpo. También mi novia le ha

suplicado a su padre que lo deje marchar, pero él hace oídos sordos. No sé en qué acabará todo esto cuando ella venga a mi casa, porque le ahorra al anciano muchas preocupaciones y sabe calmar las aguas con muy buen tino.

No me cabe duda de que será una esposa adorable, «como parra que lleva fruto a los lados de mi casa».

No hay mal que por bien no venga: Niels se ha marchado. Mi querido suegro se ha puesto hecho un energúmeno, pero yo en mi fuero interno celebro que haya podido zafarse de tan mala persona. Bruus, desde luego, se vengará si se da el caso, pero en este país hay leyes y hay justicia, y esta vale para todos.

El párroco había mandado a Niels a cavar una zanja en el jardín. Al salir a ver cómo iba, hete aquí que se lo encuentra descansando cómodamente apoyado en la pala, mientras casca unas nueces que ha recogido; pero de cavar, nada. El párroco lo increpa; él contesta con rudeza que no se le ha empleado como jardinero. Después de lo cual recibe un par de tapabocas y, tras dejar caer la pala, empieza a proferir juramentos. El párroco, enfurecido, agarra la pala y le asesta con ella varios golpes; en mala hora, pues una pala es mala arma, y más si se usa con furia y se tienen manos fuertes. Al principio el bribón se deja caer como si estuviese muerto, pero cuando, asustado, el párroco lo incorpora, el otro sale corriendo, salta el cercado y huye hacia el bosque. Tal es la desagradable historia tal y como mi propio suegro me la ha contado.

Mi novia está muy inquieta: teme que encuentre el modo de vengarse, que haga daño al ganado; incluso que le pegue fuego a la casa. Pero, Dios mediante, no habrá cuidado.

Solo faltan tres semanas y podré traer a casa a mi deliciosa novia, convertida en mi mujer. Ya ha estado aquí inspeccionándolo todo, tanto por dentro como por fuera. Quedó muy satisfecha, y encomió nuestro orden y pulcritud. Lo único que lamentó fue tener que dejar a su padre, y él también la echará en falta. Pero haré cuanto esté en mi mano para resarcirlo: haremos un intercambio, y él se quedará con la buena de tía Gertrud. Es una mujer muy diestra en el gobierno de una casa, y aún vigorosa para su edad.

Mi novia es un auténtico ángel, y lo dice todo el mundo. Al parecer, voy a ser un marido muy dichoso. ¡Alabado sea Dios!

¡Qué extraño! ¿Dónde se habrá metido ese mozo? ¿Y si ha huido del país? Sea como sea, el asunto es enojoso: circulan murmuraciones de todo tipo. Calumnias, diría yo, que tienen origen en Ingvorstrup. No querría, sin embargo, que llegaran a oídos de mi suegro. ¡Si hubiera seguido mi consejo! No enderezará la cólera del hombre lo que corresponde a Dios. Pero yo soy solo un lego, y no he de atreverme a reconvenir a un servidor de la palabra de Dios; que, además, es mucho